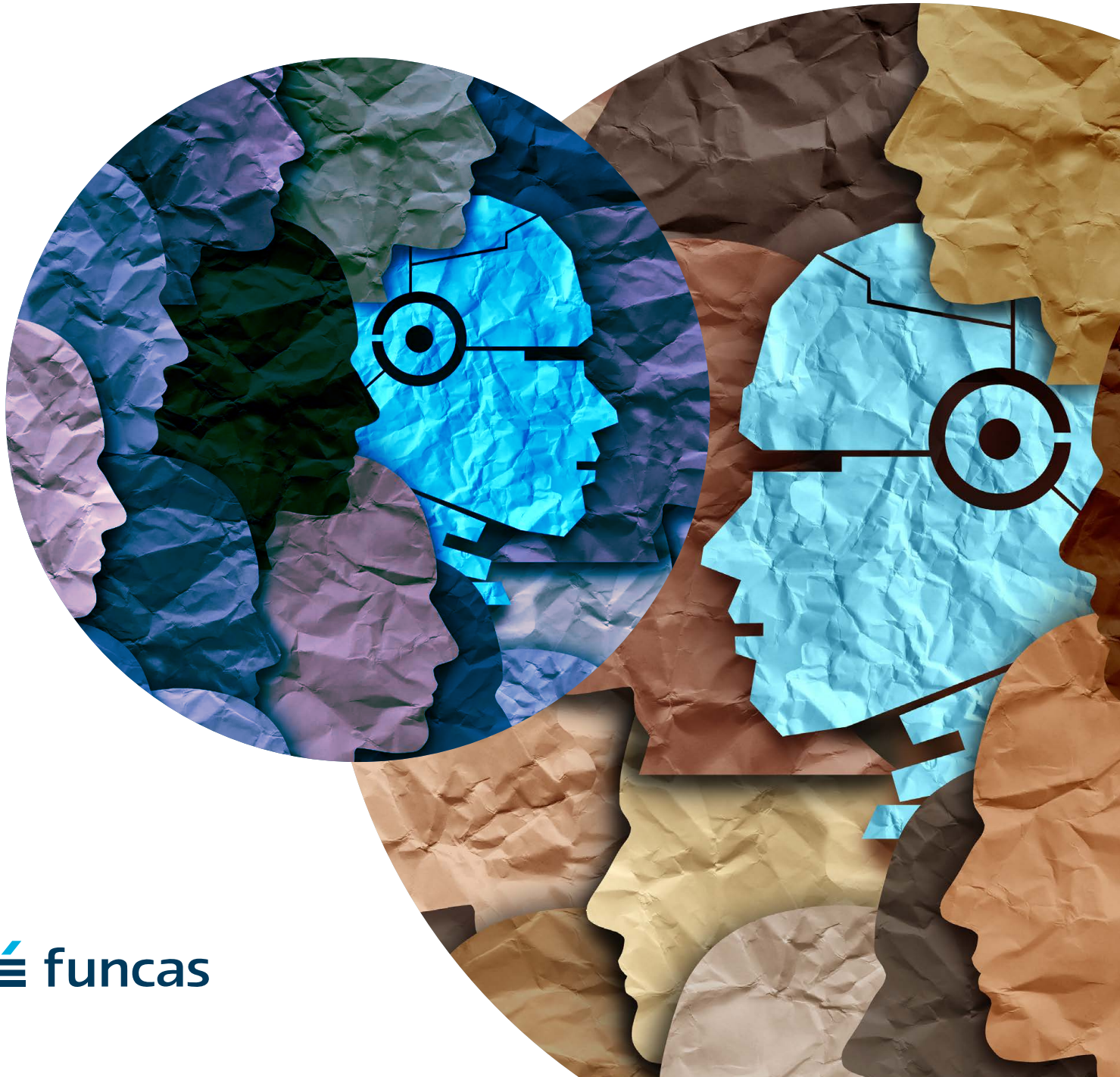
5 de noviembre 2026

La inmigración que atrae España

Héctor Cebolla y María Miyar



funcas

RESUMEN EJECUTIVO

España se ha convertido en uno de los principales receptores de inmigración del mundo desarrollado. Durante años, el debate público no ha prestado suficiente atención a la cualificación que esa inmigración aportaba a la economía y a sus posibles efectos sobre la productividad y la transición hacia actividades de mayor valor añadido. Este informe afronta el análisis del perfil educativo de la inmigración en España con datos de la Encuesta de Población Activa, de Eurostat y del Programa para la Evaluación Internacional de las Competencias de la Población Adulta de la OCDE (PIAAC, según sus siglas en inglés). Todas las fuentes revelan que España recibe muy poca inmigración cualificada, en reflejo de su propio modelo productivo, intensivo en empleo de baja cualificación, con escaso crecimiento de la productividad y con retornos bajos a la formación. Las economías atraen una inmigración que se parece a ellas mismas.

Los análisis más recientes atribuyen a la inmigración cerca de la mitad del crecimiento del PIB desde 2022, pero también una pérdida de productividad, porque los trabajadores de origen extranjero se concentran en las actividades de menor valor añadido. Este informe pone el foco en que la brecha educativa entre inmigrantes y autóctonos no se ha cerrado en veinticinco años, sino que se ha ampliado. Mientras los autóctonos de 25 a 54 años con estudios superiores pasaron del 26% al 52% entre el año 2000 y el 2025, los inmigrantes de la misma edad siguen en torno al 30%, y entre los jóvenes con un nivel máximo de estudios básicos o menos, el peso de los inmigrantes se ha multiplicado, sobre todo, entre las mujeres.

La inmigración cualificada que llega lo hace por circunstancias ajenas a la capacidad de atracción de España. Solo cuando coinciden una crisis grave en origen que expulsa también a los mejor formados y una afinidad histórica y lingüística que orienta esa emigración hacia España, como ocurre con Venezuela o Argentina, llega un volumen apreciable de titulados superiores. Sin embargo, orígenes muy abundantes en España, como Marruecos, el resto de África, Ecuador o Rumanía, no siguen esa pauta. La Gran Recesión es también un ejemplo de cómo, cuando el mercado de trabajo está en expansión, atrae sobre todo a migrantes poco cualificados. Entre 2008 y 2014 mejoró el perfil educativo de los recién llegados de casi todos los orígenes, ya que siguieron llegando titulados superiores, mientras se hundían las entradas del resto. En cuanto la economía se recuperó, y, con ella, el empleo de baja cualificación, la mejora en el perfil educativo de los recién llegados se detuvo y en el caso de varios orígenes se revirtió. En definitiva, la composición de los flujos de entrada responde casi en tiempo real a lo que ofrece el mercado de trabajo español.

En la comparación europea, España ocupa, junto con sus vecinos del sur de Europa, los últimos puestos en cuanto a la cualificación de sus inmigrantes, tanto comunitarios como extracomunitarios. Además, el caso rumano muestra una selección negativa no muy frecuente, pues quienes emigran a España tienen menos estudios que quienes se quedan, mientras que los rumanos que eligen Reino Unido muestran un nivel educativo más alto.

Por último, el análisis de las competencias que permiten los datos de PIAAC descarta que los hallazgos anteriores se deban a problemas de homologación de títulos y apunta a que los países cuyos ciudadanos presentan un peor perfil de competencias, entre ellos España, Italia y Portugal, son los mismos que menos talento foráneo atraen.

El informe concluye que la inmigración, lejos de corregir los problemas de productividad de la economía española, los reproduce. España dispone de una palanca apenas utilizada, la selección de la inmigración según su capital humano, que utilizan Canadá, Australia o el Reino Unido, pero que tiene poco recorrido si el mercado de trabajo español sigue sin recompensar suficientemente la cualificación. Seleccionar a la llegada es necesario, pero no bastará por sí solo.

INTRODUCCIÓN

La inmigración ocupa un lugar central en cualquier proyección sobre el futuro económico, social y demográfico de España. No es de extrañar, pues hay tres vías principales por las que la inmigración determinará nuestro futuro. La primera es su contribución laboral. La incorporación de trabajadores de origen extranjero está ayudando a cubrir parte de las necesidades de mano de obra que genera una economía con una población envejecida y, en determinados sectores, con dificultades crecientes para encontrar trabajadores. La segunda tiene que ver con el tamaño de la economía. El crecimiento demográfico asociado a la inmigración, que ha elevado la población española en torno a un 20% desde comienzos de siglo, aumenta el número de trabajadores y consumidores y contribuye, por tanto, al crecimiento del PIB. Pero un PIB mayor no implica necesariamente una sociedad más rica si ese crecimiento no se traduce también en un aumento de la producción y la renta por habitante. La tercera vía, menos visible pero potencialmente más importante a largo plazo, es su efecto sobre nuestra productividad y nuestra capacidad de innovación. La inmigración puede favorecer la innovación si incorpora niveles elevados de capital humano y ese talento se incorpora adecuadamente al sistema productivo.

España es hoy uno de los principales receptores de inmigración del mundo desarrollado (Fernández-Huertas, 2026). Esta posición resulta especialmente llamativa en un país que mantiene persistentemente tasas de desempleo superiores a las de buena parte de la zona euro, presenta niveles muy elevados de desempleo juvenil, experimenta un estancamiento muy preocupante de su productividad, acusa dificultades para la formación de nuevos hogares y ofrece, en particular a las generaciones más jóvenes, rendimientos relativamente bajos a su inversión en educación y capital humano (Cebolla-Boado *et al.*, 2019). La llegada sostenida de inmigrantes a un mercado laboral que sin embargo dificulta la transición de los jóvenes a la autonomía económica ha alentado todo tipo de argumentos para justificar por qué España necesita o se beneficia de tanta inmigración. Uno de ellos sostiene que una sociedad envejecida y con pocos nacimientos requiere de la inmigración para rejuvenecer su población. En un informe anterior, publicado en 2026, mostramos que esa explicación es, como poco, insuficiente, en la medida en que el efecto rejuvenecedor de la inmigración es temporal, no solo porque los inmigrantes también envejecen, sino, sobre todo, porque tienen pocos hijos (Cebolla-Boado y Miyar-Busto, 2026). A largo plazo se requeriría un flujo alto e ininterrumpido de inmigración para mantener el efecto rejuvenecedor, algo difícilmente viable y, en todo caso, de imprevisibles consecuencias para la cohesión social. Un segundo argumento, quizás menos frecuente hoy que hace unos años, pero asumido por muchos, valora el papel de los inmigrantes como fuente de capital humano y dinamismo para la economía española. En este informe consideramos esta afirmación poniendo los resultados del modelo migratorio español en perspectiva comparada.

En el debate público que tiene lugar desde la primera fase de expansión de los flujos migratorios hacia España, no pocos responsables políticos, académicos y agentes económicos han reiterado la idea de que la inmigración es siempre necesaria, ignorando sus costes, entre otros, los que pueden asociarse a sus efectos en la composición del capital humano de la economía española. Se trata, sin embargo, de una conclusión sin el suficiente respaldo empírico y que deberíamos poner a prueba como cualquier otra afirmación con implicaciones tan notables para nuestro país.

Lo extraordinario del modelo migratorio español ha sido la velocidad con la que hemos pasado en solo 25 años de ser un país sin inmigrantes a una potencia mundial en la recepción de flujos migratorios. Por ella, se podría llegar a decir que España no ha tenido suficiente tiempo para desarrollar una reflexión madura sobre su condición de país receptor de inmigración. Sin embargo, la magnitud de la transformación habría exigido una reflexión más profunda. En cambio, muchos agentes políticos, medios de comunicación y, sobre todo, académicos se han resistido a integrar el debate sobre los costes del modelo migratorio en la conversación pública, lo que ha resultado en una renuncia implícita a diseñar explícitamente el modelo. Hoy, con una experiencia mucho mayor como país receptor y ante un escenario económico y demográfico diferente, debemos abandonar los mensajes poco matizados sobre los beneficios o los costes de la inmigración. Es necesario aportar argumentos para enriquecer la reflexión pública y preguntarnos no solo cuántos inmigrantes recibe España, sino también qué capacidades incorpora esa inmigración y hasta qué punto podemos aprovecharlas. Este debate, más que una oportunidad, es hoy una urgencia, dadas las paradojas del modelo de crecimiento económico español (aumento del PIB y del empleo, pero limitados avances en la productividad) y del papel que la inmigración parece estar desempeñando en ellas. No se puede ignorar, además, que los argumentos simples sobre los beneficios de la inmigración tienen un coste diferido. Cuando la evidencia los desmiente, la pérdida de credibilidad no recae sobre el diseño del modelo, que es lo que debería revisarse, sino sobre la inmigración en su conjunto (Kustov, 2026),

y ese es el terreno en el que prosperan las propuestas populistas, que reducen la cuestión a si debe haber más o menos inmigrantes y clausuran la discusión sobre qué capacidades se incorporan y cómo aprovecharlas.

El análisis de los efectos de la inmigración en la economía y el mercado de trabajo españoles arrojan conclusiones de diferente signo según la dimensión analizada. Un estudio reciente de Funcas sobre el impacto económico de la inmigración en España le atribuye el 47% del crecimiento acumulado del PIB entre 2022 y 2025, fundamentalmente a través de su contribución al aumento de la población activa (Fernández y Torres, 2026). Al mismo tiempo, los autores estiman que el cambio en la composición de la población ocupada asociado a la inmigración restó ocho décimas a su aportación al crecimiento del PIB, que fue del 4,3% en ese periodo, al reducir la productividad media. Se trata, según los propios autores, de un efecto composición asociado al mayor peso de los trabajadores inmigrantes en actividades de menor productividad y no de un efecto causal de la inmigración sobre la productividad (Fernández y Torres, 2026). Esta contribución negativa se observa también en el análisis de Cuadrado y Regil (2025), que estiman un efecto de −0,2 puntos porcentuales anuales sobre el crecimiento de la productividad por hora entre 2022 y 2024. Una economía puede crecer gracias a la incorporación de más trabajadores a la vez que disminuye la producción media por ocupado. En Doménech y García (2026) se estima que el PIB por hora trabajada de la población extranjera o con doble nacionalidad es un 19% inferior al de la española. En la misma línea, Cardoso y García (2026) calculan que la productividad por hora de la población extranjera es en torno a un 20% inferior a la de la española y que casi tres cuartas partes de esa brecha se explican por el menor nivel educativo de aquella y porque los extranjeros desempeñan trabajos menos cualificados. Estos rasgos de la contribución de la inmigración a la economía española plantean una pregunta central para este informe, la de por qué el empleo de los inmigrantes se concentra en las actividades de menor productividad.

Caben varias explicaciones posibles que no son necesariamente excluyentes entre sí. La primera sitúa el origen de esa concentración en la demanda de trabajo, de modo que los trabajadores inmigrantes cubrirían necesidades de mano de obra en sectores que, sin ellos, tendrían dificultades para crecer o para sostenerse. La segunda apunta a los procesos de ajuste e integración laboral, que empujan a los inmigrantes recién llegados a los peores puestos con la expectativa de mejorar su posición y, con ella, su contribución productiva, con el tiempo de residencia. La tercera atribuye la concentración al perfil de capital humano de la inmigración que recibe España (Cardoso y García, 2026). Esta es la hipótesis que parece más probable a la vista de los resultados de este informe, puesto que España recibe muy poca inmigración cualificada. Esta explicación, con todo, no puede separarse de la primera, pues el perfil formativo de quienes llegan depende en buena medida de la demanda que los atrae. La hipótesis que recorre todo el análisis es precisamente que las economías reciben una inmigración que se parece a ellas mismas en términos formativos, de manera que el perfil de quienes llegan obedece más a la estructura productiva del país de destino que a la geografía o a la historia migratoria reciente. Es decir, los resultados del modelo migratorio español son endógenos a su economía en el sentido de que no vienen impuestos desde fuera sino que nacen de ella, esto es, de una estructura productiva intensiva en trabajadores poco cualificados, insuficiente crecimiento de la productividad y escasa innovación. Así, la inmigración tendería a reproducir el modelo productivo existente en lugar de transformarlo.

Este informe aborda el análisis del capital humano que aporta la inmigración y su comparación con el de la población autóctona a partir de los niveles educativos declarados por la población en la Encuesta de Población Activa (y de sus equivalentes en la UE) y de las competencias medidas directamente en el Programa para la Evaluación Internacional de las Competencias de la Población Adulta de la OCDE (PIAAC, según sus siglas en inglés), lo que contribuye a salvar el problema de la equivalencia de títulos, dando robustez a los hallazgos. Tras exponer el marco teórico sobre la selección migratoria, el informe examina, primero, la evolución del perfil educativo de los inmigrantes en los últimos veinticinco años y la heterogeneidad que presentan al respecto según su origen. Segundo, utiliza la Gran Recesión como una suerte de experimento natural para observar cómo responde la composición de los flujos migratorios a los cambios en el mercado de trabajo. Tercero, sitúa a España en el contexto europeo, en el que el caso rumano ilustra la importancia del país de destino en la selección. Por último, comprueba la solidez de los resultados analizando las competencias medidas en PIAAC. Las conclusiones extraen las implicaciones para la política migratoria y los límites de una estrategia de selección de los nuevos residentes.

LA INMIGRACIÓN COMO MECANISMO DE SELECCIÓN

Antes de presentar la evidencia, conviene explicar por qué cabe esperar que la composición de la inmigración varíe de forma sistemática de unos países de destino a

otros, para lo cual es necesario revisar cómo entiende la investigación en ciencias sociales el proceso de selección a la migración. Durante décadas, la explicación dominante en la literatura académica sobre las razones de la emigración se redujo a una cuestión de aritmética salarial, la diferencia entre lo que se puede ganar en origen y lo que se espera ganar en destino. Es un modelo intuitivo y todavía muy presente en el imaginario colectivo y el debate público, lo que evidencia que la investigación más rigurosa sobre las migraciones aún no ha sabido transmitir a la opinión pública algunos componentes centrales de su *corpus* de conocimiento, como, por ejemplo, las razones por las que la inmensa mayoría de la población de un país pobre no emigra pese a diferenciales salariales enormes y persistentes, o los motivos por los que la emigración desde un país suele intensificarse, y no reducirse, cuando ese país empieza a desarrollarse y sus salarios comienzan a subir. Para dar cuenta de esas paradojas, hoy se concibe la emigración como el resultado de la interacción entre aspiraciones individuales, capacidades materiales para emigrar, estructuras de oportunidad, redes sociales, instituciones, mercados laborales y políticas públicas (Carling, 2002; Czaika y Reinprecht, 2020; de Haas, 2021; Bijak y Czaika, 2020). Esta idea ayuda mucho más que la del diferencial salarial a entender por qué no emigra todo el mundo, y por qué quienes más emigran no son los pobres de solemnidad, sino quienes reúnen a la vez el deseo de hacerlo y los recursos materiales, formativos y relacionales que emigrar exige, un perfil que varía de un contexto a otro pero que rara vez coincide con los estratos más desfavorecidos de la sociedad de origen.

En efecto, la bibliografía clásica sobre la selección migratoria estableció hace más de un siglo que los emigrantes no constituyen una muestra aleatoria de las poblaciones de origen (Ravenstein, 1889). Emigrar exige recursos, información, capacidad de planificación, tolerancia al riesgo y a la frustración, capacidad para diferir las ganancias del esfuerzo presente al futuro y expectativas de movilidad social, todo lo cual se distribuye de manera heterogénea en la población. Como consecuencia, quienes emigran suelen presentar perfiles educativos, ocupacionales y motivacionales más elevados que quienes se quedan en el país de origen (Borjas, 1987; Chiswick, 1999; Feliciano, 2005 y 2020). El hecho de que quienes se van estén por lo general mejor dotados que quienes se quedan, que la literatura denomina selección positiva, constituye probablemente una de las conclusiones más sólidas de la investigación internacional sobre migraciones.

En ocasiones, un cierto tipo de pensamiento mágico ha asumido que como los emigrantes tienen rasgos mucho más positivos que la media de la población de origen, los países receptores también se beneficiarán de que estén seleccionados. La existencia de selección positiva en origen se transforma así, implícitamente, en una garantía de ganancias automáticas de capital humano para cualquier sociedad de acogida. Sin embargo, la (auto)selección de los emigrantes no se agota cuando estos abandonan sus países porque, además de seleccionarse respecto a quienes permanecen en el país de origen, tampoco se distribuyen aleatoriamente entre unos u otros países de destino. Los países de destino compiten entre sí, explícita o implícitamente, en un mismo mercado internacional de trabajadores, y todos aspiran a quedarse con los más cualificados, como atestiguan expresiones como la *migration choisie* o el *global pool of talent*. Pero no todos parten con las mismas bazas en esa competencia, de modo que el resultado es un reparto segmentado en el que cada país acaba recibiendo un perfil distinto de inmigración. A nadie sorprenderá que los emigrantes cualificados se dirijan a un país u otro en función del rendimiento esperado para su capital humano en el país de destino, de las estructuras ocupacionales de este, de sus marcos regulatorios o de sus instituciones. A su vez, las diásporas y las redes migratorias amplifican esos patrones de asignación, que pueden ser extraordinariamente desiguales de unos países receptores a otros.

Desde esta perspectiva, la migración internacional puede entenderse como un mecanismo global de redistribución del talento. De ahí la necesidad de conocer qué segmentos de los flujos migratorios internacionales consigue atraer cada economía y por qué. Sorprendentemente, esta cuestión apenas ha ocupado un lugar central en el debate español sobre nuestro modelo de inmigración, a pesar de que la evidencia comparada lleva tiempo mostrando que los países de destino no reciben contingentes aleatorios de los flujos migratorios internacionales y que las características de la inmigración dependen tanto de los países de origen como de las características económicas e institucionales de las sociedades receptoras.

Hace ya algunos años que contamos con las primeras demostraciones sistemáticas de esta idea en el contexto europeo (Polavieja *et al*., 2018). Las diferencias entre los países de destino no determinan solamente la selección de la inmigración según características observables de los individuos tales como su educación, sino también, potencialmente, según dimensiones que no captan los indicadores habituales, desde la orientación al trabajo y la ambición profesional hasta las competencias no cognitivas o la transferibilidad efectiva de los títulos, y que resultan decisivas en los procesos de inserción laboral y movilidad económica (Cebolla-Boado y Miyar-Busto,

2026). Este tipo de estudios nos plantea una pregunta fundamental, relativa a qué países consiguen atraer a los segmentos más cualificados de la población que se mueve entre fronteras.

La composición de la inmigración que un país recibe debería ser uno de los criterios principales para evaluar su modelo migratorio, pues constituye una información fundamental sobre la posición que ocupa una economía en la competencia internacional por el talento y el capital humano. El perfil educativo de la inmigración depende tanto de quiénes emigran como de los países hacia los que emigran. En lo primero hay poco que se pueda hacer. Distintos tipos de *shocks* externos, la rapidez con que se desencadenan y la duración de sus consecuencias determinan quién emigra de cada país. Pero los países de destino cuentan con cierto margen para mejorar su posición en los rankings de países más atractivos para los más cualificados. España ha ignorado sistemáticamente este debate, centrando siempre el asunto en las cifras agregadas de población inmigrante, generalmente presuponiendo que los beneficios eran una función lineal de su volumen. Se trata del mismo error que cometemos al inferir mecánicamente los efectos demográficos de la inmigración del volumen de esta. Del mismo modo que la cifra de inmigrantes no permite inferir sin más sus efectos en la estructura demográfica, la presencia de inmigrantes con estudios superiores no permite estimar sin más sus efectos sobre la cualificación agregada de una economía. Al caer en ese error, se atiende a los resultados agregados a corto plazo y se ignoran los mecanismos de selección que los producen. Son precisamente esos mecanismos (quién emigra, hacia dónde y por qué) los que este informe se propone identificar, porque sin ellos no es posible entender la aportación de la inmigración a la economía y la sociedad españolas.

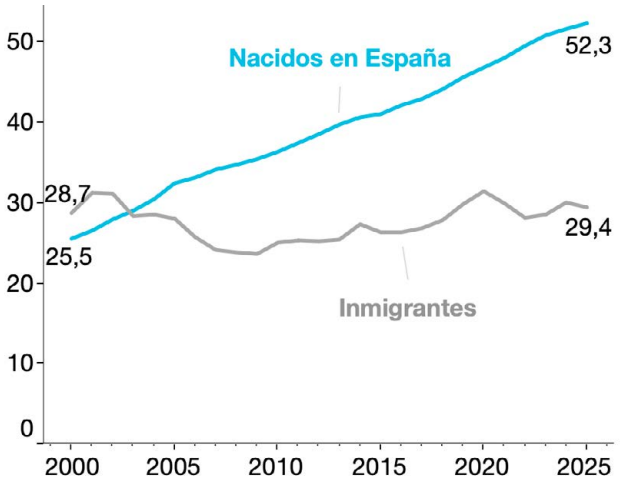
EL ESPEJISMO DE LA INMIGRACIÓN CUALIFICADA: VEINTICINCO AÑOS DE ESTABILIDAD

Si es cierto que la composición de la inmigración refleja la estructura de oportunidades del país que la recibe, el primer lugar donde buscar esa huella es en el nivel educativo. Es también, sin embargo, el terreno en que el debate español ha estado más expuesto a errores de lectura.

Durante los primeros años de la expansión migratoria hasta la irrupción de la Gran Recesión prevaleció la idea de que los inmigrantes llegaban con niveles educativos superiores a los de la población española. La percepción no era descabellada a la vista de las medias agregadas, pero descansaba sobre un problema clásico de composición estadística. La población inmigrante era mucho más joven que la autóctona. Comparar la media de toda la población española, que aglutinaba el perfil educativo de generaciones formadas en momentos muy distintos, con el perfil de unos inmigrantes concentrados en edades jóvenes favorecía sistemáticamente a los segundos. El espejismo se disolvía en cuanto la comparación se restringía a individuos de edades equivalentes. Entonces, los nacidos en el extranjero presentaban niveles educativos sustancialmente inferiores a los de los españoles con quienes realmente eran comparables. Además, esta diferencia ha sido persistente. Si la composición educativa de la inmigración respondiera a una tendencia global hacia una mayor cualificación de la movilidad internacional o simplemente a la mejora educativa de los países emisores, cabría esperar que esa brecha se fuera cerrando con el tiempo. Pero veinticinco años después no lo ha hecho.

Se acota la comparación a la población de 25 a 54 años porque en ese tramo se concentra la gran mayoría de los inmigrantes recién llegados y porque, al tener ambas poblaciones su formación inicial completada, se evita que la mayor edad media de los autóctonos, y su consiguiente mayor peso en cohortes menos formadas, sesgue la comparación. Entre los españoles de esas edades, la proporción con estudios superiores (FP superior y estudios universitarios) ha aumentado desde el 26% en el año 2000 al 34% en 2007, y alcanzó el 52% en 2025 (gráfico 1),

Gráfico 1. Porcentaje de la población de 25 a 54 años con estudios superiores, por lugar de nacimiento, España, 2000-2025



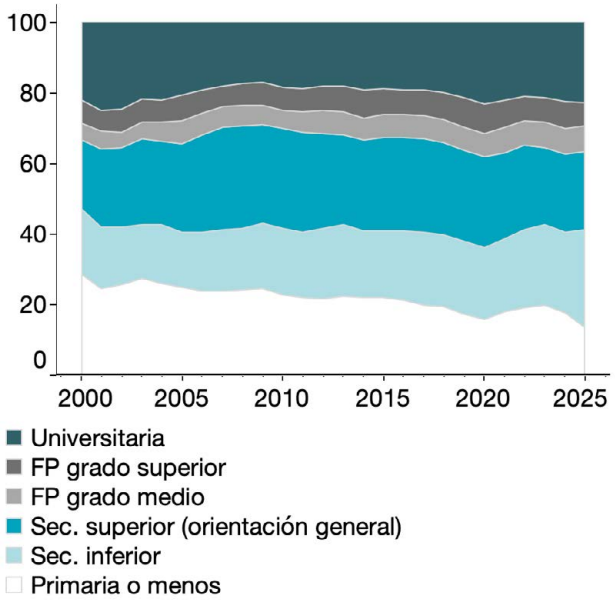
Fuente: elaboración propia a partir de los microdatos de todos los trimestres de la Encuesta de Población Activa desde 2000 a 2025.

una trayectoria que supone una de las transformaciones educativas más intensas de la Europa reciente (Manzano *et al.*, 2024). Entre los inmigrantes del mismo grupo de edad, el recorrido ha sido completamente distinto, a pesar de que muchos países de origen han profundizado en sus propias expansiones educativas. Tras una caída de 2000 a 2008, se produjo un ligero repunte del peso de los inmigrantes con estudios superiores entre el inicio de la Gran Recesión y la pandemia, pero desde entonces se ha estabilizado en el entorno del 30%, prácticamente el correspondiente a los autóctonos de hace dos décadas. El resultado es una divergencia creciente entre el capital humano que produce el sistema educativo español y el que incorporan los flujos migratorios, medido en términos de las titulaciones formales de los individuos.

Esa divergencia es aún mayor cuando se examina en detalle la estructura educativa de la población inmigrante a lo largo del tiempo, más allá del peso de los titulados superiores (gráfico 2). En torno al 40% de los inmigrantes entre 25 y 54 años posee como máximo estudios de secundaria inferior, una proporción que apenas se ha movido en veinticinco años. Una cuarta parte cuenta con secundaria superior de orientación general, la formación profesional de grado medio mantiene un peso reducido y, tal y como acabamos de señalar, los niveles superiores, que recogen tanto la FP superior y como la universidad, solo mejoraron ligeramente entre la Gran Recesión y 2019, desde cerca del 25 al 30%, para volver a estancarse desde entonces. Lo llamativo de la evolución es, precisamente, su gran estabilidad. España atravesó en ese cuarto de siglo un *boom* inmobiliario, una crisis financiera severa, una recuperación prolongada, sucesivas reformas institucionales y algunas de las mayores entradas de inmigración de toda Europa, junto con cambios notables en la población inmigrante según su origen, pero ninguno de esos episodios alteró sustantivamente la composición educativa de la población de origen foráneo. Una estabilidad tal, atravesando ciclos económicos tan distintos como los que ha sufrido España, es difícil de explicar como el simple poso de sucesivas oleadas migratorias, sino que apunta, más bien, a mecanismos de selección poco exigentes que operan de forma casi estructural, que actúan con relativa independencia del ciclo económico, y que están vinculados a las características de la economía española.

Una prueba más exigente de la posibilidad de una selección negativa es analizar el extremo inferior de la distribución educativa (gráfico 3). Lo hacemos restringiendo el análisis a los más jóvenes, en quienes no opera el efecto de composición por edad que abría este apartado. Además, así se aporta información sobre un segmento de

Gráfico 2. Nivel educativo, inmigrantes de 25 a 54 años, 2000-2025

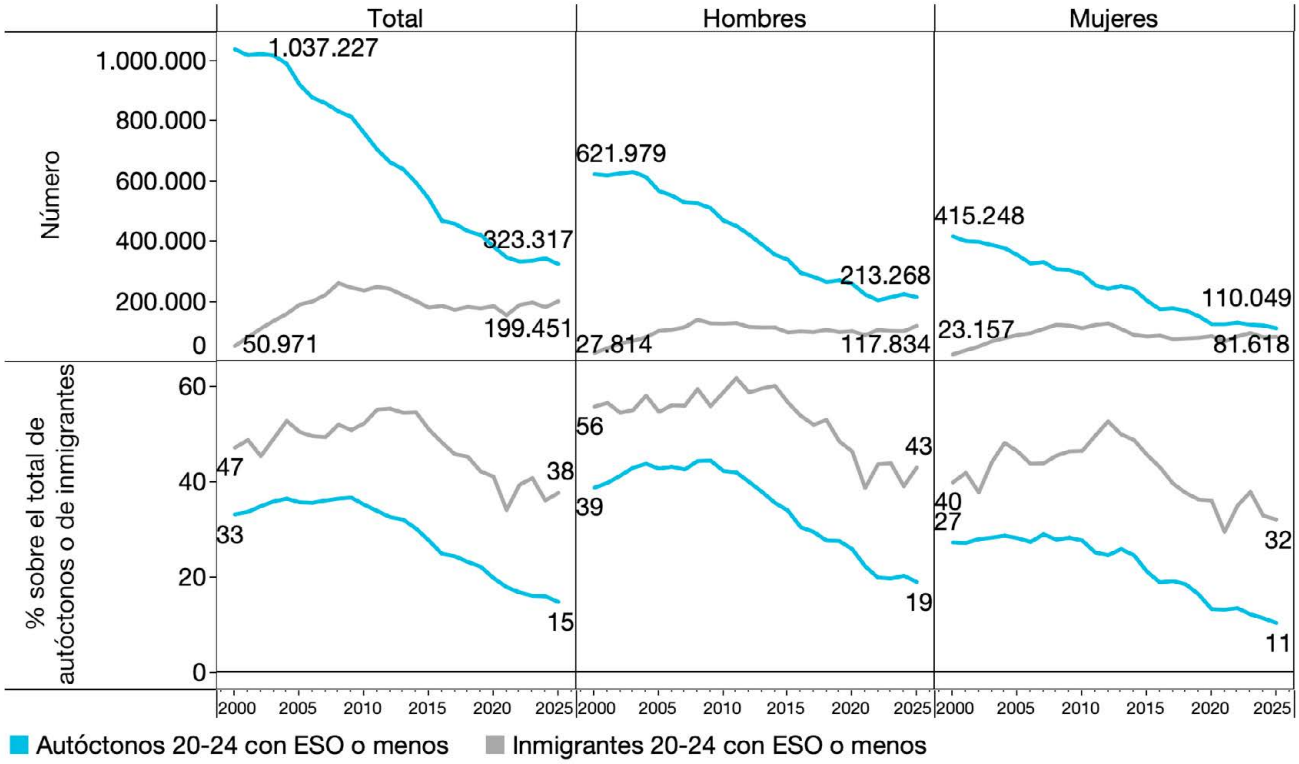


Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Población Activa 2000-2025.

la población inmigrante que, de no retomar sus estudios, tendrá pocos recursos para alcanzar una buena posición en el mercado laboral. Entre los autóctonos de 20 a 24 años, la proporción con estudios equivalentes a ESO o inferiores se ha reducido desde aproximadamente un tercio en el año 2000 hasta niveles cercanos al 15%. Entre los jóvenes inmigrantes se observan mejoras muy claras tras la Gran Recesión, pero desde 2021 la serie vuelve a estabilizarse en niveles aún muy por encima de los de los españoles, similares, de hecho, a los que caracterizaban a la población española dos décadas atrás. En 2025, más de un tercio de los inmigrantes de esas edades cuenta, como máximo, con estudios obligatorios. La combinación de ambas trayectorias, el descenso continuado en los autóctonos y el estancamiento en los inmigrantes, se traduce en un aumento notable del peso de los inmigrantes en el segmento de jóvenes con bajo nivel educativo: en el año 2000 eran 5 por cada 100 autóctonos; en 2007 eran 26; y en 2025 llegaron a ser 62 por cada 100 autóctonos.

El componente de género presenta, además, un patrón interesante. En ambos colectivos, autóctono e inmigrante, las mujeres jóvenes registran una menor incidencia de bajo nivel educativo que los hombres, en línea con la ventaja educativa femenina que se observa en toda Europa. Pero esa misma ventaja, tan pronunciada entre

Gráfico 3: Jóvenes de 20 a 24 años con ESO o menos, por sexo y estatus migratorio, 2000-2025



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Población Activa 2000-2025.

las españolas, tiene un efecto colateral revelador. Como cada vez pesan menos las poco cualificadas entre las autóctonas, pero no ha caído tanto el peso de las poco cualificadas en las inmigrantes, a medida que ha aumentado la población inmigrante en España la relevancia de estas en el grupo de no cualificadas ha crecido considerablemente, alcanzando en 2025 las 74 inmigrantes por cada 100 autóctonas con bajo nivel educativo, muy por encima de los cerca de 55 que se observan entre los hombres. Entre las jóvenes con bajo nivel educativo, inmigrantes y autóctonas se aproximan ya a la paridad numérica. Entre los varones, la concentración crece con la misma rapidez, pero todavía no ha llegado tan lejos. La mejora educativa femenina, uno de los avances sociales más celebrados de la España democrática, convive así con un grupo de mujeres jóvenes poco formadas que si bien se reduce, es también cada vez más inmigrante. Es una dimensión poco presente en la conversación pública sobre educación y género, y que, de cara al mercado laboral de los próximos años, merece atención, puesto que sugiere que la desventaja educativa entre las mujeres tenderá a coincidir cada vez más con la condición de inmigrante.

Tomados en conjunto, estos tres resultados dibujan dos trayectorias que avanzan en direcciones opuestas en la misma sociedad. España ha logrado, en apenas una generación, uno de los vuelcos educativos más rápidos de su historia (Garrido Medina, 2012). Al mismo tiempo, ha seguido incorporando grandes contingentes de población joven cuyo nivel educativo se sitúa por debajo, o muy por debajo, del de sus coetáneos autóctonos. Esta coexistencia es la manifestación más visible, en el terreno educativo, de la hipótesis que abría este informe, la de que el modelo migratorio español ha privilegiado durante dos décadas y media la incorporación de mano de obra para actividades intensivas en trabajo poco cualificado, y que esa es precisamente la inmigración que sigue atrayendo.

LAS EXCEPCIONES QUE CONFIRMAN LA REGLA: LA DIVERSIDAD SEGÚN EL ORIGEN DE LOS INMIGRANTES

La evidencia presentada hasta aquí ilustra el fracaso de España a la hora de atraer una inmigración cualificada que al menos se equipare en su nivel educativo a los

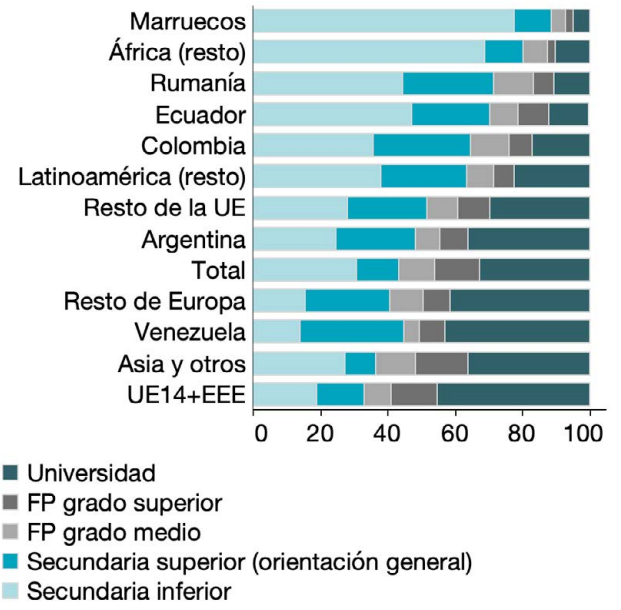
autóctonos. Sin embargo, siendo ciertas, algunas de las afirmaciones del apartado anterior sobre la población inmigrante en su conjunto esconden una considerable variación interna. Entre los diversos orígenes geográficos de la población inmigrante, algunos presentan niveles educativos iguales o superiores a los de la población autóctona, de modo que no se puede asumir que todos los flujos de entrada responden a la misma dinámica. En todo caso, esa diversidad apunta a la necesidad de entender el peso de las excepciones en el conjunto de los flujos y, sobre todo, qué las explica.

Con el mayor nivel educativo medio se sitúan (en el tramo de edad laboralmente más activo, de 25 a 54 años) los inmigrantes procedentes de Venezuela, de los países de la UE-14 y del Espacio Económico Europeo (EEE), así como de Argentina y de países europeos no incluidos en las ampliaciones de la UE en 2004 y años posteriores (gráfico 4). Entre los nacidos en la UE-14 y el EEE, el 59% posee estudios superiores. Entre los venezolanos son el 51%, y cerca de esta cifra en los procedentes de otros países europeos. Todos estos valores casi igualan o superan el nivel educativo medio de la población de esas edades nacida en España, con un 52% de titulados en educación superior.

En el extremo opuesto aparecen algunos de los orígenes migratorios más numerosos. Los nacidos en Marruecos, en el resto de África, en Ecuador, en Rumanía o en diversos países asiáticos presentan niveles educativos medios muy inferiores al de los autóctonos. Entre los nacidos en Marruecos, el 78% declara haber completado como máximo estudios equivalentes a la ESO, un porcentaje que alcanza al 69% de los nacidos en el resto de África. En la población procedente de Ecuador o Rumanía también predominan claramente los niveles educativos bajos o medios.

Podría pensarse que esta diversidad es en sí misma una buena noticia, que España atrae simultáneamente talento y mano de obra poco cualificada, reproduciendo la heterogeneidad propia de cualquier sistema migratorio maduro. Sin embargo, el tamaño de cada grupo de origen debilita esa lectura optimista, ya que los orígenes más cualificados representan una fracción pequeña del total de la inmigración, mientras que los orígenes de baja cualificación concentran la mayor parte de los flujos históricos y recientes. En 2025, el conjunto de la UE14 y el EEE, Venezuela y Argentina suman algo menos del 20% de la población inmigrante de 25 a 54 años. La composición agregada que describíamos en el apartado anterior constituye el reflejo casi directo del grupo mayoritario

Gráfico 4: Nivel educativo según lugar de nacimiento, población de 25 a 54 años, porcentajes, 2025



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Población Activa 2025.

más que el promedio de dos tipos de inmigración con pesos parecidos.

Si, además, atendemos a qué explica las tendencias de los flujos migratorios más cualificados, las conclusiones no respaldan la interpretación de España como un país que esté compitiendo activamente por el talento global. El caso venezolano es probablemente el más ilustrativo. Venezuela había vivido, hasta bien entrado el presente siglo, un proceso sostenido de expansión educativa, con una clase media amplia y formada. La descomposición económica e institucional del país en la última década, con niveles de hiperinflación y empobrecimiento que han expulsado del país a millones de personas, no las ha distinguido por nivel de estudios. Sin embargo, esa emigración masiva no se ha distribuido homogéneamente entre los posibles destinos, sino que parece haber seguido un patrón de estratificación por recursos. Quienes disponían de menos capacidad económica se desplazaron sobre todo a los países vecinos, llegando en los casos más extremos a cruzar a pie hacia Colombia, mientras que los perfiles con más recursos económicos y administrativos se dirigieron con mayor frecuencia a Chile, España y, sobre todo, a Estados Unidos (Maggio, 2024). No disponemos de evidencia causal, pero, de confirmarse, apuntaría a que la elección de España tuvo menos

que ver con una demanda específica de cualificación de nuestro mercado de trabajo que con la combinación de una capacidad económica intermedia y las ventajas propias de una menor distancia cultural, entre ellas la lengua compartida, los lazos históricos y la relativa facilidad para regularizar la situación migratoria.

Ahí está, en realidad, la clave de las excepciones de inmigración cualificada. Aunque contamos con pocos casos sobre los que construir una teoría, podemos apuntar a que para que España capture una porción significativa de emigración de alta cualificación parecen necesarias dos condiciones simultáneas. Primera, una crisis suficientemente grave en origen como para expulsar también, y masivamente, a partes de las capas poblacionales más formadas. Segunda, ese origen concreto sienta una atracción cultural o histórica particular hacia España frente a otros destinos disponibles, algo que ocurre con Venezuela o con Argentina, pero no, por ejemplo, con países del África subsahariana o el Sur y el Este de Asia. Aunque puedan sufrir crisis severas, su emigración cualificada no elige España, sino que se dirige mayoritariamente a otros destinos con mayor rendimiento previsible de su capital humano o con los que comparten lengua, redes coloniales o rutas migratorias consolidadas. Todo parece indicar que, sin las dos condiciones a la vez, España no consigue quedarse con una parte relevante del talento que un proceso de crisis pone en movimiento.

Por supuesto, el caso de los europeos muy cualificados obedece a una lógica distinta. Aquí no se trata ni de expulsión ni de vínculos culturales preferentes, sino de los efectos de la libre circulación en la Unión Europea, que permite una movilidad con poquísimas fricciones, apenas comparable a la existente entre cualquier otro conjunto de economías del mundo. En este grupo conviven, sin embargo, perfiles con motivaciones distintas (Recchi, 2015). Una parte, bien documentada por la bibliografía reciente sobre inmigración residencial de europeos en España, se instala atraída sobre todo por el clima, un coste de vida bajo para quienes tienen salarios procedentes de economías más productivas, y el estilo de vida. En muchos casos, son personas sin vinculación con el mercado de trabajo, como es el caso del amplio grupo de jubilados procedentes de Reino Unido o Alemania (Huete *et al.*, 2025), o para los que esa vinculación no es prioritaria, como los trabajadores cualificados con vínculos personales con España (Cortina *et al.*, 2025) o los teletrabajadores cuya actividad depende de mercados de origen (Parreño-Castellano *et al.*, 2022). Otra parte ocupa puestos de alta cualificación, ligados a una demanda laboral concreta, aunque probablemente peor retribuida que en otros países europeos. En ambos casos, no obstante, el patrón es coherente con el argumento general de este informe sobre la escaso papel que juega la atracción de talento en la determinación de los flujos.

Los orígenes situados en el extremo opuesto del nivel de cualificación son, en cambio, los que mejor representan la normalidad migratoria del país. Los originarios de Marruecos, el resto de Ecuador y Rumanía se incorporaron mayoritariamente en las dos grandes fases expansivas de la inmigración en España, abasteciendo a los sectores de la construcción, la agricultura, la hostelería y los cuidados personales. No necesitaron las condiciones que se dieron en los otros casos, les bastó con que hubiera aquí una demanda sostenida de trabajo poco cualificado y unas fronteras relativamente abiertas.

España, en definitiva, sí recibe alguna inmigración cualificada, pero en una proporción muy reducida. Queda abierta, además, una pregunta que excede los límites de este informe, la de si ese talento cualificado que sí llega se inserta en el mercado laboral español al nivel que su formación permitiría o si sufre aquí el mismo destino de infrautilización que tantas veces se ha documentado entre la población inmigrante en general.

UN "EXPERIMENTO ESPONTÁNEO": LA GRAN RECESIÓN Y LA SELECCIÓN MIGRATORIA

La Gran Recesión, entre 2008 y 2014, y los flujos migratorios concomitantes nos proporcionan una buena ocasión para evaluar la capacidad española de atracción de talento. Lo que sigue es un análisis descriptivo del perfil educativo de los inmigrantes recién llegados por origen y periodo de llegada, no una identificación causal en sentido estricto. Hay que tener en cuenta que en esos años de crisis cambiaron también algunas condiciones ajenas al ciclo económico, como la política de cupos o los procesos de regularización, que pudieron dejar su propia huella en la composición de los flujos. En todo caso, la crisis ofrece una oportunidad para observar cómo evoluciona la composición educativa de la inmigración que entra en España cuando el mercado de trabajo cambia de forma abrupta y ofrece, para el propósito de nuestro análisis, información reveladora.

En este apartado planteamos que los cambios en el perfil educativo de la inmigración pueden deberse a modificaciones en el origen geográfico de los flujos, a cambios en las características educativas de las poblaciones de origen y/o a los incentivos generados por la economía española. Si esta última posibilidad fuera dominante, cabría

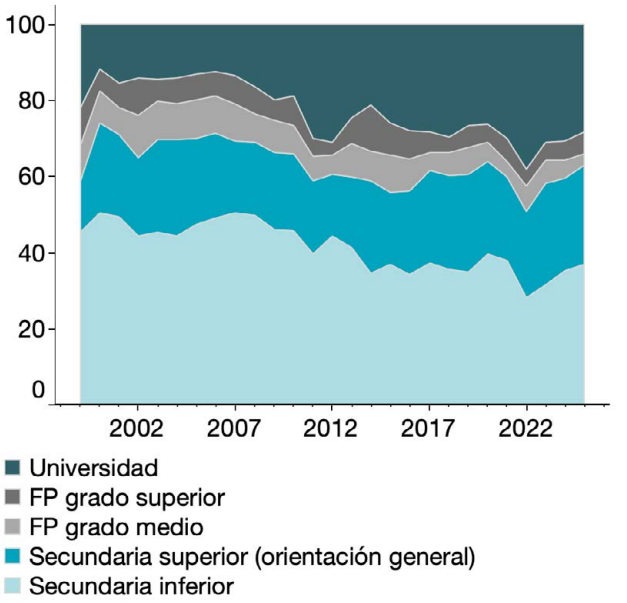
esperar que la evolución del mercado de trabajo español se reflejase en la composición de los flujos migratorios que recibe España.

Entre quienes llegaron durante la primera gran expansión migratoria de comienzos de siglo predominaban los niveles educativos bajos e intermedios (gráfico 5). Con el inicio de la Gran Recesión, sin embargo, aumentó el peso relativo de los titulados superiores y el de los inmigrantes con menores niveles educativos, principalmente porque las llegadas absolutas de titulados superiores se mantuvieron estables mientras el del resto de niveles formativos caía. Ese avance en el peso relativo de los titulados superiores apenas continuó durante la recuperación posterior, a pesar de que llegasen más titulados superiores y más del resto de niveles de estudios, y muestra incluso signos de retroceso en las cohortes de llegada más recientes. Se produjo, en definitiva, una mejora real en el nivel educativo de los recién llegados, pero concentrada en los años de la crisis, seguida de una estabilización del perfil educativo de los nuevos residentes.

Llama la atención que el momento en que la inmigración hacia España alcanza sus mejores indicadores educativos coincida precisamente con el periodo más severo de destrucción de empleo de las últimas décadas. Desaparecieron entonces cientos de miles de puestos de trabajo en algunos de los sectores que habían crecido durante la expansión migratoria anterior, especialmente los más intensivos en mano de obra poco cualificada. La inmigración, en todo caso, siguió llegando a España, aunque con un ritmo muy distinto al del periodo de expansión económica que terminó entonces, con un perfil educativo agregado más elevado y en convivencia con un aumento considerable de las emigraciones.

¿Esa mejora se debió a un cambio en los orígenes geográficos de los flujos o a un cambio dentro de cada origen? Los datos apuntan claramente a la segunda explicación. La mejora aparece en prácticamente todos los orígenes. Los inmigrantes procedentes de Ecuador, Rumanía, Asia, resto de América Latina y Europa que llegaron durante la crisis tenían niveles educativos más elevados que sus compatriotas de la primera expansión migratoria (gráfico 6). La única excepción es la de Marruecos, cuyo perfil educativo, comparativamente uno de los más desfavorables, permanece prácticamente inalterado durante todo el periodo. No tenemos una explicación cerrada para esa singularidad, pero una hipótesis plausible sería que la migración marroquí hacia España se apoya en redes familiares y en la reagrupación de forma más intensa que otros orígenes, y el coste de emigrar, dada la cercanía geográfica, es lo bastante bajo como para que la decisión dependa menos de las condiciones coyunturales del mercado de trabajo español que en otros casos donde emigrar es una apuesta más cara y, por tanto, más sensible al ciclo.

Gráfico 5. Nivel educativo de los inmigrantes de 25 a 54 años por año de llegada, hasta 2025



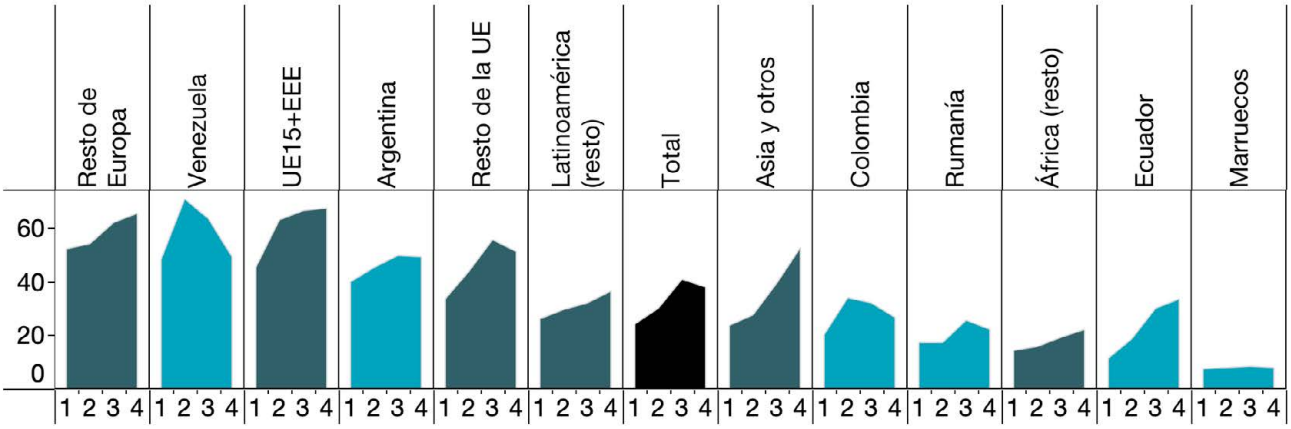
Nota: Este gráfico se ha elaborado utilizando el agregado de todos los trimestres de la EPA desde 2000 a 2025, de modo que el dato de correspondiente a al perfil de llegados en cada año es la media de los entrevistados en las encuestas posteriores que dicen haber llegado ese año.

Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Población Activa 2000-2025.

Más relevante aún es que esa mejora no sigue una trayectoria acumulativa. Es muy frecuente que los niveles educativos más altos de cada origen se observen precisamente en las llegadas producidas durante la crisis o inmediatamente después, y que la recuperación posterior venga acompañada de una estabilización o incluso de un retroceso. Este patrón resulta difícil de reconciliar con la idea de una mejora continua derivada, sin más, del aumento generalizado de la educación en los países emisores.

El seguimiento anual de algunos de los principales países de origen permite observar esta dinámica con más precisión (gráfico 7). Venezuela es, de nuevo, el ejemplo más llamativo. La proporción de titulados superiores aumenta de forma muy significativa durante los años de la crisis y alcanza entonces sus valores máximos, para iniciar después una tendencia descendente que termina situándola en niveles similares a los del comienzo del

Gráfico 6. Porcentaje con estudios superiores, inmigrantes de 25 a 54 años por periodo de llegada y origen, 2000-2025



1. Expansión (llegada < 2008). 2. Crisis (2008-2013). 3. Recuperación (2014-2019). 4. Pandemia y pospandemia

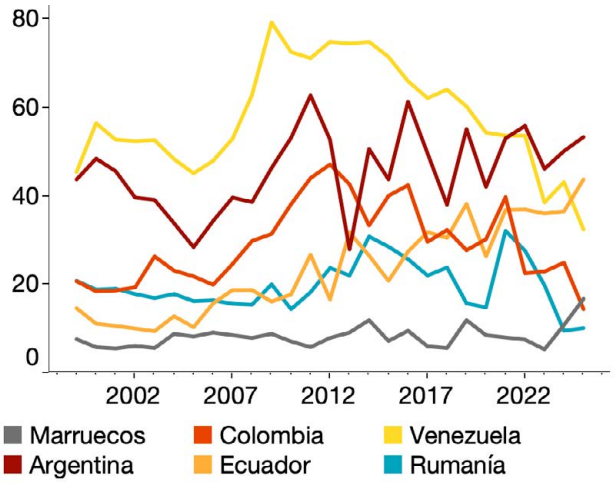
Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Población Activa 2000-2025.

periodo. Colombia y Ecuador muestran una evolución parecida. Argentina y Rumanía presentan también mejoras visibles en el nivel educativo de las llegadas durante la Gran Recesión, seguidas de una estabilización o de una disminución parcial.

La similitud de estas trayectorias es especialmente reveladora. Los países aquí considerados difieren enormemente entre sí en desarrollo económico, sistemas educativos, instituciones y dinámicas demográficas, y sin embargo parecen haber respondido de forma muy parecida a los incentivos que genera la economía española en cada momento. Cuando desaparecieron buena parte de las oportunidades laborales para trabajadores con menor cualificación, aumentó la selectividad educativa de quienes seguían considerando atractivo emigrar a España. La economía española sí parece capaz de atraer inmigrantes cualificados, pero esos flujos solo adquieren un peso relevante cuando desaparecen las oportunidades para los trabajadores menos cualificados y por lo tanto, disminuyen drásticamente sus llegadas. En cuanto esas oportunidades reaparecieron tras la crisis, la mejora se detuvo y, en algunos casos, comenzó a revertirse.

Este análisis sugiere que la composición educativa de los flujos migratorios, aunque ha mantenido una notable consistencia en el peso de los niveles educativos inferiores a lo largo de los últimos 25 años, también depende de forma decisiva de las oportunidades económicas que ofrece la sociedad receptora, más allá de qué países emiten emigrantes hacia España o de cuál sea el perfil educativo de sus poblaciones de origen. Es decir, las llegadas responden de forma dinámica a los cambios en el mercado de trabajo español.

Gráfico 7. Porcentaje con estudios superiores, inmigrantes de 25 a 54 años por año de llegada y país de origen, países seleccionados, 2000-2025



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta de Población Activa 2000-2025.

ESPAÑA EN LA COMPETICIÓN EUROPEA POR EL CAPITAL HUMANO: LOS ÚLTIMOS PUESTOS DE LA TABLA

Hasta aquí hemos analizado la composición educativa de la inmigración recibida por España en relación con la población autóctona y su evolución durante las últimas décadas. En este apartado situamos esos resultados en una perspectiva comparada, lo que permite dimensionar las cifras aquí presentadas. Además, ha de considerarse que, si la inmigración forma parte de un mercado internacional de capital humano, es necesario conocer cómo se posiciona España frente a otros países que compiten por atraer a esos mismos trabajadores. Tal y como apuntan los datos que presentamos a continuación, en esa competencia España ocupa una de las últimas posiciones de la tabla europea.

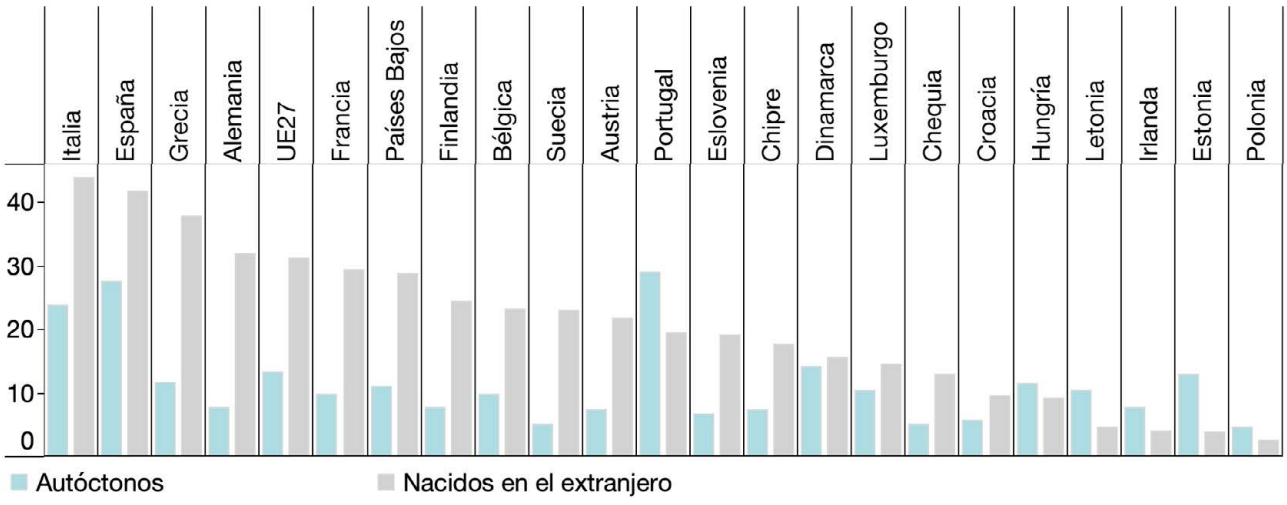
En cuanto al peso de la inmigración con pocos recursos educativos, el 42% de los inmigrantes de entre 25 y 54 años residentes en España en 2025 tenía como máximo estudios equivalentes a la educación secundaria obligatoria (gráfico 8). Solo Italia presenta una proporción mayor en toda la Unión Europea. De hecho, España supera en diez puntos la media comunitaria, multiplica por diez la proporción registrada en Irlanda y duplica la de Dinamarca o Portugal. Se trata de una distancia que separa a España de prácticamente cualquier otro socio europeo relevante o comparable.

El extremo opuesto de la distribución confirma el mismo diagnóstico. España se sitúa entre los países europeos con menor proporción de inmigrantes con estudios superiores, apenas el 30% (gráfico 9). Solo Grecia, Italia y Eslovenia presentan cifras inferiores. En Irlanda, dos de cada tres inmigrantes tienen formación universitaria. En Dinamarca y Suecia, más de la mitad.

Es decir, cuando el capital humano se mide a través de credenciales educativas, España se sitúa sistemáticamente en los puestos más bajos de la clasificación europea. Esto no sucede, en todo caso, por recibir más flujos extracomunitarios que sus vecinos europeos, puesto que es un rasgo que caracteriza por igual a la inmigración comunitaria y a la extracomunitaria. Entre los ciudadanos de la Unión Europea residentes en España, solo el 35% posee estudios superiores, uno de los peores resultados del continente, muy lejos de Suecia, Dinamarca, Polonia o Irlanda (gráfico 10). Los resultados apenas cambian respecto a la inmigración de fuera de la Unión, donde el 28% cuenta con estudios superiores, de nuevo entre las proporciones más bajas de Europa. Venga de dentro o de fuera de la Unión Europea, España recibe sistemáticamente un perfil educativo menos cualificado que el resto de sus socios.

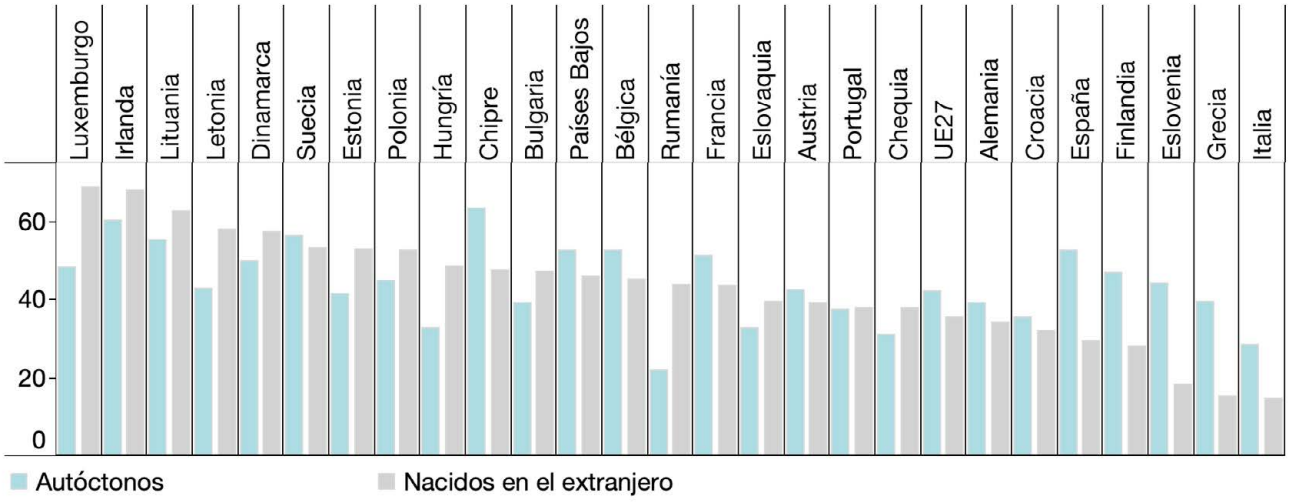
Si algo hemos aprendido de la literatura clásica sobre selección migratoria, es que quienes emigran suelen presentar niveles educativos superiores a los de quienes se quedan. Es una de las regularidades más sólidas de

Gráfico 8. Población 25-54 años con estudios de secundaria inferior o menos, países de la UE27, 2025



Fuente: elaboración propia a partir de datos de Eurostat [edat_lfs_9912].

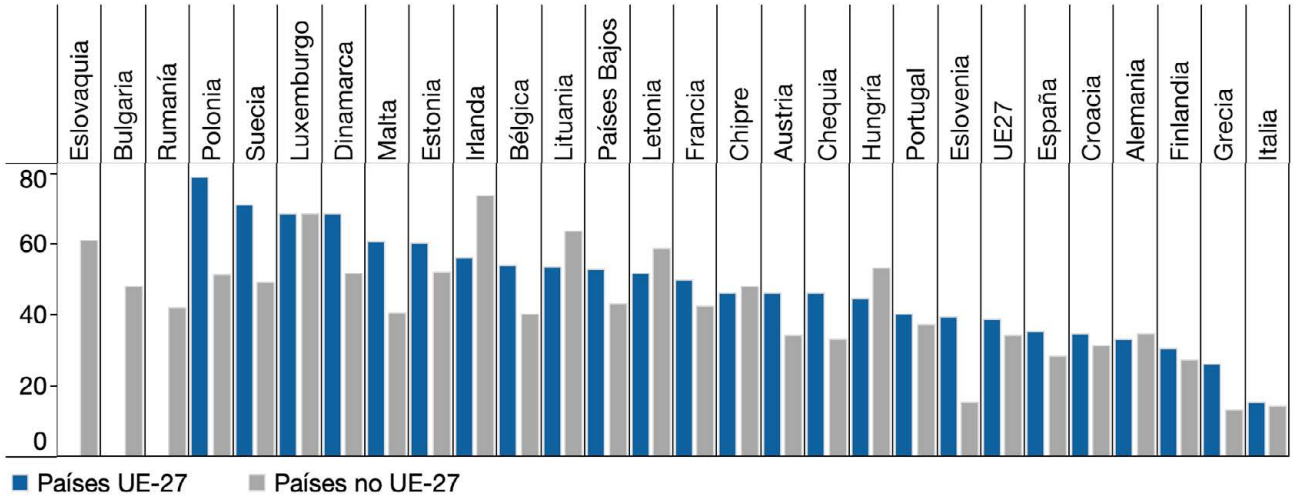
Gráfico 9. Población 25-54 años con estudios superiores, países de la UE27, 2025



Fuente: elaboración propia a partir de datos de Eurostat [edat_lfs_9912].

toda la investigación sobre migraciones y la confirman también los datos de la mayoría de los países europeos representados en España (gráfico 11). Los ciudadanos comunitarios que viven aquí tienen, en general, más estudios que sus compatriotas que nunca emigraron. Hay, sin embargo, dos excepciones especialmente llamativas por lo infrecuente de la pauta y por su notable peso en nuestra población inmigrante. Entre los rumanos residentes en España de 25 a 54 años, solo el 16% tiene estudios superiores, frente al 21% de quienes viven en Rumanía de

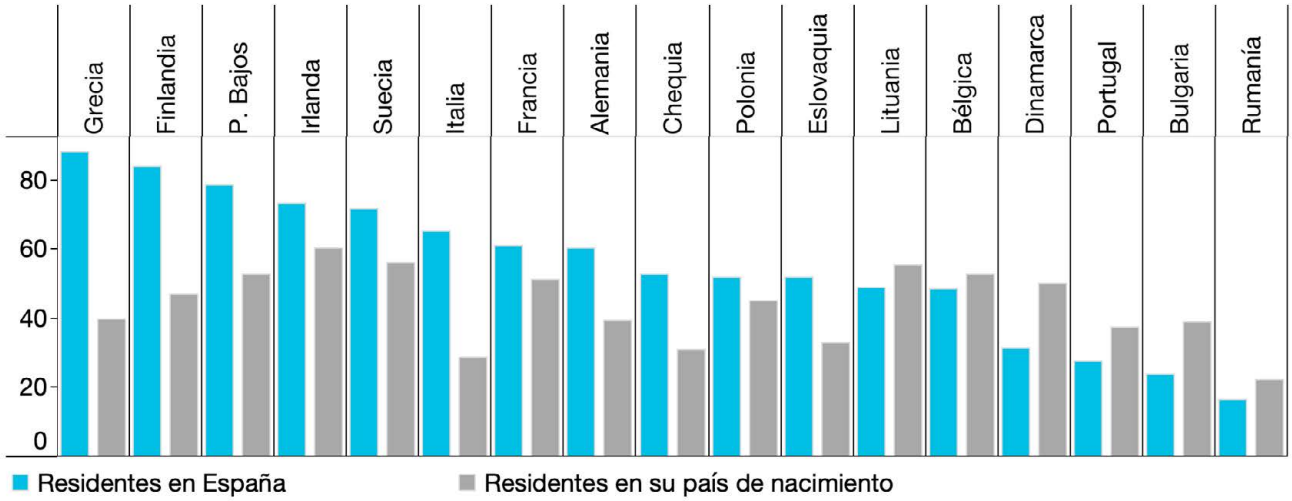
Gráfico 10. Porcentaje de población nacida en el extranjero 25-54 años con estudios superiores (país de nacimiento comunitario o extracomunitario), 2025



Nota: se excluyen del gráfico los países con una muestra inferior a 20 en el conjunto de las cuatro EPAs de 2025.

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Eurostat [edat_lfs_9912].

Gráfico 11. Porcentaje con estudios superiores, población comunitaria de 25-54 años, según viva en su país de nacimiento o en España, 2025



Nota: se excluyen del gráfico los países con una muestra inferior a 20 en el conjunto de las cuatro EPAs de 2025.

Fuente: elaboración propia a partir de datos de EPA 2025 y Eurostat [edat_lfs_9912].

las mismas edades. Entre los búlgaros, la diferencia es aún mayor: alrededor de uno de cada cinco y más de uno de cada tres en origen.

Este patrón de selección educativa negativa resulta llamativo, sobre todo porque el perfil de quienes emigran de un mismo país puede variar mucho según el destino. Así lo mostramos en un trabajo reciente en el que comparamos a los emigrantes rumanos residentes en España y en Reino Unido con datos de la Encuesta de Población Activa europea armonizada para el periodo 2000-2017 (Cebolla-Boado y Miyar-Busto, 2025). En esos años, el 71% de los rumanos residentes en Reino Unido tenía estudios superiores, frente al 36% de los residentes en España y el 22% de quienes permanecían en Rumanía. Por tanto, durante el periodo analizado, la emigración rumana a España también estaba positivamente seleccionada en términos educativos, aunque en mucha menor medida que la dirigida a Reino Unido. El contraste apunta a la importancia del país receptor, puesto que incluso entre personas que salen del mismo país en el mismo periodo, las oportunidades que ofrece cada destino contribuyen a determinar quién va a dónde.

Al margen de esto, otro de los hallazgos relevantes de aquel análisis es el relativo al comportamiento de los inmigrantes en sus distintos países de destino. En ese trabajo construimos un índice de intensidad en la búsqueda de empleo entre quienes están desempleados, como aproximación a rasgos difíciles de observar en las estadísticas convencionales, como la motivación, la disposición a buscar activamente o la resiliencia ante la adversidad. En línea con todo lo anterior, los rumanos desempleados en España presentan sistemáticamente los niveles más bajos de búsqueda activa de entre todos los grupos comparados, más bajos que los propios rumanos que permanecieron en Rumanía, más bajos que los autóctonos españoles, y más bajos que los rumanos residentes en Reino Unido. Los rumanos en Reino Unido, en cambio, sí buscan empleo con una intensidad comparable a la de los propios británicos, sin llegar a superarla. El patrón encontrado mantiene la misma robustez al controlar por el tiempo que llevan en el paro, así que no se explica por una mayor duración del desempleo en España y un consecuente mayor desánimo en la búsqueda con el tiempo.

España, en definitiva, no solo recibe una migración rumana menos positivamente seleccionada que la de Reino Unido. Además, entre quienes llegan, se encuentra una menor disposición a buscar activamente empleo entre los parados. La relevancia de este resultado trasciende con mucho el caso rumano y, eventualmente al búlgaro, que juntos representan casi la mitad de toda la inmigración comunitaria en España. Cuestionan una de las certezas más repetidas del debate migratorio, la idea de que quien emigra siempre viene mejor preparado que quien se queda. En España esa certeza no solo es débil, sino que en algunos de los orígenes más numerosos, se invierte.

MÁS ALLÁ DE LOS TÍTULOS: MISMO PATRÓN CON DISTINTOS INDICADORES

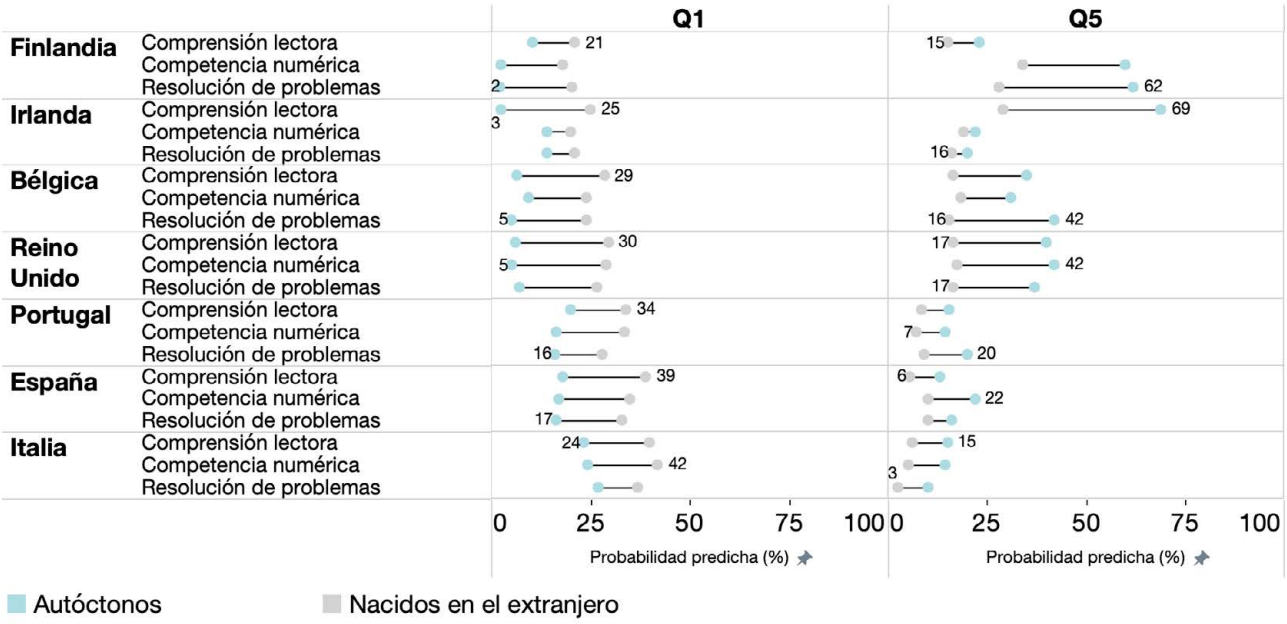
Hasta ahora hemos usado las credenciales educativas porque son la medida más utilizada en la literatura internacional sobre selección migratoria, pero tiene límites conocidos para la comparación entre países porque los sistemas educativos difieren y la calidad de la formación no siempre es homogénea, de forma que los mismos años de estudios pueden corresponderse con capacidades muy distintas según el país donde se cursaron. Podría objetarse, por tanto, que los títulos no capturan bien alguna dimensión del capital humano que llega a España y que no se plasma en credenciales educativas.

Los datos de la ronda 2024 del *Programme for the International Assessment of Adult Competencies* (PIAAC) permiten someter el argumento del bajo capital humano de los inmigrantes que llegan a España a la evaluación comparada de la comprensión lectora, la competencia numérica y la resolución de problemas de la población adulta autóctona e inmigrante, sin depender de cómo cada país certifique sus estudios. Se presentan los resultados para siete países europeos con una muestra de inmigrantes de esas edades suficiente y cuya comparación con España hemos valorado como pertinente.

Los resultados colocan a España, nuevamente, entre los países cuyos inmigrantes presentan menos competencias de los seleccionados. En las tres áreas que mide PIAAC, España aparece sistemáticamente en el grupo de países con una distribución de capacidades más adversa entre su población inmigrante, es decir, concentrada en los cuantiles inferiores de competencias en cualquiera de las tres materias analizadas. En cambio, Reino Unido, Irlanda o Finlandia concentran a sus inmigrantes en los niveles superiores. Esta jerarquía de países se repite en las tres dimensiones que miden los datos de PIAAC, lo que descarta que estemos ante una rareza de un único indicador o ante un problema de comparabilidad de credenciales. Tanto cuando se mide con títulos, como cuando se mide examinando competencias, se puede concluir que España atrae poco capital humano. Por lo tanto, no se trata de un problema de medición.

Hay, además, una segunda regularidad que agrava el diagnóstico. Los países que tienen inmigración con mayores competencias son, sistemáticamente, los mismos cuyos propios autóctonos ocupan las posiciones más favorables en la distribución internacional de capital humano. Finlandia concentra a sus nativos y a sus inmigrantes por igual en los quintiles superiores. Irlanda y Reino Unido siguen un patrón parecido. Por su parte, el grupo más abundante en España, tanto de autóctonos como de inmigrantes, se sitúa en los tramos bajos de bajas competencias. De los datos se desprende que la correspondencia entre lo que un país produce puertas adentro y lo

Gráfico 12. Distribución de competencias de los quintiles 1 y 5 de la población autóctona e inmigrante por país, PIAAC 2024



Fuente: elaboración propia a partir de datos de PIAAC 2024.

que consigue atraer de fuera es casi perfecta. En el caso español esa correspondencia funciona en la dirección más desfavorable posible. Esta correlación no permite afirmar que ningún país, en ningún escenario, pueda beneficiarse de la inmigración para compensar carencias propias en cuanto al capital humano porque tanto el nivel de autóctonos como el de inmigrantes de cada país podrían estar respondiendo a la vez a un tercer factor común, su desarrollo económico general. Pero lo que sí permite afirmar es que entre los países analizados no hay un solo caso de una sociedad con capital humano autóctono modesto que haya conseguido atraer un porcentaje sustantivo de inmigración cualificada.

El caso español, ilustra, de hecho, un problema que probablemente tenga tres capas. La primera es que puede que el país no facilite la adquisición de competencias relevantes en el mismo nivel que otros países de nuestro entorno, a juzgar por su posición en la distribución de competencias. La segunda es que tampoco parece capaz de atraerlo desde fuera, puesto que los inmigrantes replican o empeoran nuestro perfil nacional de bajas competencias. Pero hay aún una tercera capa, y es el hecho de que es posible que el capital humano que España logra atraer no se traslade al tejido productivo debido al poco peso de ocupaciones en las que ejercitar sus competencias (Rodríguez, 2015). Esto afectaría por igual a inmigrantes y autóctonos, en un entorno laboral con escasa autonomía y pocas oportunidades de aprendizaje que desaprovecha el capital humano ya presente en la población activa y diluye el de la población que se va incorporando.

El hecho de que Italia y Portugal compartan posición con España confirma, de alguna manera, que se trata de un rasgo compartido, de nuevo, por las economías del sur de Europa con menor capacidad de generar, atraer y fijar capital humano de forma simultánea, frente a un bloque de países que resuelve las tres cosas a la vez. A partir de ese contraste podría diagnosticarse que España tiene un problema de excelencia que atraviesa por igual la manera en que forma a sus propios ciudadanos y la clase de talento internacional que su economía es capaz de seducir y retener. La inmigración, lejos de atenuar esa carencia, se ha convertido en su espejo. En definitiva, el capital humano de la inmigración no es independiente de las características de la sociedad receptora, sino que encaja con su propio modelo productivo.

CONCLUSIONES: UNA INMIGRACIÓN A IMAGEN DEL PAÍS QUE LA ATRAE

La discusión pública sobre inmigración en España ha estado tradicionalmente instalada en la frontera y en la aritmética de cuántos llegan, cuánto crece la población o cuántos trabajadores más entran en la economía. Al margen han quedado otros aspectos de largo plazo, así como distintas dinámicas propias de cómo se configuran los flujos migratorios y que son fundamentales en su incorporación a la sociedad de destino y sus efectos en ella. En concreto, no se le ha dado el suficiente protagonismo a la idea de que la inmigración actúa como un mecanismo de asignación internacional de capital humano. Aunque las afirmaciones sobre el mayor nivel formativo de los inmigrantes que eran frecuentes durante la primera fase de expansión de los flujos ya se han descartado, el debate sobre cuál es la contribución del capital humano de los inmigrantes a la economía y la sociedad española está aún muy poco presente en la conversación pública ni se ha planteado en perspectiva temporal ni comparada. Ese ha sido el propósito de este informe.

Conviene recorrer, aunque sea brevemente, el camino que ha seguido este análisis. En primer lugar, se puede descartar la idea de que los inmigrantes que se establecen en España superen el perfil educativo de nuestra población autóctona. El diferencial formativo entre autóctonos e inmigrantes es claramente desfavorable para los segundos y lleva veinticinco años sin corregirse pese a los cambios económicos y sociales, como la sucesión de distintos ciclos económicos y la expansión educativa en muchos países de origen. De hecho, entre los jóvenes la distancia educativa en función del estatus migratorio ha aumentado. En segundo lugar, hemos puesto de relieve que existe cierta heterogeneidad por origen y que, los pocos orígenes de inmigrantes cualificados que llegan a España parecen responder a dinámicas desconectadas, de alguna forma, de la evolución de la economía española. Es decir, no parecen llegar porque nuestra economía les parezca más atractiva que otras, sino que llegan casi siempre cuando coinciden dos condiciones ajenas a lo que sucede en España, una crisis lo bastante severa en origen como para expulsar también masivamente a sus segmentos mejor formados y una afinidad cultural o histórica que inclina a esa emigración concreta hacia España en vez de hacia cualquier otro destino disponible. Mientras que Venezuela cumple las dos, no es el caso de Marruecos, el resto de África, Ecuador o Rumanía, los orígenes que sostienen el grueso de la inmigración española y por eso son la norma, no la excepción. España, más que competir por atraer talento, lo recibe, en buena medida, cuando existen circunstancias excepcionales.

La Gran Recesión confirmó la conexión del perfil poco cualificado de la migración en España con el funcionamiento de su mercado de trabajo. A la llegada de la crisis y en cuanto desaparecieron las oportunidades laborales

para la baja cualificación mejoró, de forma prácticamente automática, la selectividad educativa de los flujos de entrada al caer las llegadas de poco cualificados y mantenerse estables las de cualificados. En cuanto esas oportunidades volvieron, la mejora se frenó y en varios orígenes empezó a revertirse. Además, la comparación europea ha situado a España en la cola de la UE en cuanto a la cualificación de sus inmigrantes. Esto se observa en los dos extremos de la distribución, tanto por el elevado peso de los que tienen baja cualificación como por el poco de los que tienen alta. El caso rumano, por otra parte, ha puesto de relieve las dificultades de España para atraer a los más educados de esos orígenes en comparación con otros países de nuestro entorno. Por último, el análisis realizado con los datos de PIAAC sobre competencias efectivas de autóctonos e inmigrantes ha confirmado, además del bajo capital humano de los inmigrantes en España en comparación con otros países de nuestro entorno, que los países que presentan competencias más bajas entre sus autóctonos son también los que menos talento consiguen atraer de fuera, rasgo compartido por España con sus vecinos del Sur de Europa, Italia y Portugal. Es un problema de excelencia que afecta tanto a autóctonos como a inmigrantes.

La inmigración impulsa el crecimiento español porque añade trabajadores a una economía con una elevada demanda de empleo en sectores intensivos en mano de obra de poca cualificación. Nuestros resultados apuntan a que la inmigración contribuye a reforzar precisamente los rasgos que mantienen a la economía española anclada en la baja productividad, en una suerte de bucle en el que la demanda de trabajadores poco cualificados perpetúa el perfil de la inmigración que recibe el país, y este perfil, a su vez, consolida el tipo de empleo que la economía sigue generando.

Encontramos aquí un rasgo que distingue a España de los países que sí compiten con éxito por el capital humano internacional y es que la selección de la inmigración ni siquiera está presente en el debate público ni en las propuestas de política migratoria. Canadá, Australia o el Reino Unido, con sus sistemas de puntos, han decidido, como política deliberada, seleccionar en la puerta de entrada, estrechándola para la baja cualificación y abriéndola para la alta. Por su parte, y hasta la fecha, España carece de una política explícita de selección migratoria basada en el capital humano. En su lugar, ha dejado que las redes migratorias, la reagrupación familiar y la demanda sectorial de mano de obra barata hagan buena parte del trabajo de selección, sin una arquitectura institucional que lo corrija.

En cierto modo, esta constatación deja hueco para una interpretación esperanzadora al poner en evidencia que hay margen de mejora. Pero conviene, en todo caso, no sobreestimar la capacidad de la política migratoria para cambiar las características de la inmigración expuestas en este informe, puesto que estas están estrechamente vinculadas a las del mercado de trabajo que la recibe. Los inmigrantes rumanos, por ejemplo, están mucho más cualificados en Reino Unido que en España, lo que apunta a cómo la selección educativa a la migración opera si el mercado de trabajo retribuye la cualificación. Se puede legislar la política de entrada más selectiva del mundo pero, si el talento sabe que en España va a cobrar menos por lo mismo o que la probabilidad de paro es mayor, seguirá prefiriendo otros destinos.

Todo apunta a que España seguirá teniendo una selección adversa por educación de los flujos migratorios: su modelo productivo, su modelo de absorción de la inmigración que recibe, el bajo retorno a la educación que da su mercado laboral y también, que el debate sobre inmigración es poco profundo, centrado en las cifras agregadas de población y no en sus características. A pesar de ello, España dispone de una palanca para el cambio que es la política migratoria, que se puede accionar y que hasta ahora apenas ha sido utilizada, y dispone, también, de la prueba de que esa palanca por sí sola no basta si no se combina con algo más difícil de conseguir, mejorar lo que España ofrece a quien decide venir y a los propios autóctonos. Seleccionar en la puerta es necesario, pero no por sí solo suficiente.

Este es nuestro segundo informe intentando animar a una reflexión más profunda sobre los resultados de nuestro modelo migratorio, con datos y sin complacencia. En el primero mostramos que la inmigración no resuelve el problema demográfico del país, puesto que el envejecimiento y la falta de nacimientos no se corrigen a través de la inmigración (Cebolla-Boado y Miyar-Busto, 2026). En este caso hemos expuesto que, por las características de la inmigración que recibimos, la inmigración tampoco va a contribuir a mejorar el problema de nuestra productividad, sino que más bien refuerza sus principales limitaciones.

No escribimos esto desde la nostalgia de un modelo cerrado ni desde la resignación de que aquí no se puede hacer nada. Lo escribimos desde la convicción de que este informe ofrece análisis con datos y no con consignas, y de que evaluar honestamente los resultados de una política pública, incluida la migratoria, no es una posición extrema. Es el mínimo que cabe exigir a cualquier país que se tome en serio su propio futuro económico.

Referencias

Bijak, J., y Czaika, M. (2020). Assessing uncertain migration futures: A typology of the unknown (QuantMig Project Deliverable D1.1). University of Southampton y Danube University Krems.

Borjas, G. J. (1987). Self-selection and the earnings of immigrants. *American Economic Review, 77*(4), 531-553.

Cardoso, M., y García, J. R. (2026). La contribución de la inmigración al crecimiento económico de España: demografía y brecha de productividad. *Expansión*, 29 de junio.

Carling, J. (2002). Migration in the age of involuntary immobility: Theoretical reflections and Cape Verdean experiences. *Journal of Ethnic and Migration Studies, 28*(1), 5-42.

Cebolla-Boado, H., y Miyar-Busto, M. (2025). Decoupling selection: Romanian migrants in Spain and the UK and the disconnect between observable and unobservable traits. *Revista Internacional de Sociología, 83*(4), e285.

Cebolla-Boado, H., y Miyar-Busto, M. (2026). *Los límites de la inmigración para el ajuste demográfico en España*. Funcas.

Cebolla-Boado, H., Miyar-Busto, M., y Muñoz-Comet, J. (2019). How much can you take with you? The role of education in explaining differences in the risk of unemployment between migrants and natives. *Comparative Migration Studies, 7*, 41.

Chiswick, B. R. (1999). Are immigrants favorably self-selected? *American Economic Review, 89*(2), 181-185.

Cortina, C., Esteve, A., y Turu, A. (2025). La formación de la pareja de los inmigrantes y sus descendientes en España. *Panorama Social*, 41, 127-138.

Cuadrado, P., y Regil, A. (2025). Una estimación de la contribución de la población extranjera en España al crecimiento del PIB per cápita en el período 2022-2024. *Boletín Económico*, 2025(T2), artículo 10.

Czaika, M., y Reinprecht, C. (2020). Drivers of migration: A synthesis of knowledge. *International Migration Institute Working Paper Series*, 163.

De Haas, H. (2021). A theory of migration: The aspirations-capabilities framework. *Comparative Migration Studies, 9*, 8.

Doménech, R., y García, J. R. (2026). Empleo, inmigración y productividad. *Expansión*, 2 de junio.

Feliciano, C. (2005). Educational selectivity in U.S. immigration: How do immigrants compare to those left behind? *Demography, 42*(1), 131-152.

Feliciano, C. (2020). Immigrant selectivity effects on health, labor market, and educational outcomes. *Annual Review of Sociology, 46*, 315-334.

Fernández, M. J., y Torres, R. (2026). La inmigración y la economía española: una mirada macroeconómica. En R. Carrasco y R. Torres (coords.), *La inmigración en España: retos, impacto y políticas* (pp. 17-30). Funcas.

Fernández-Huertas Moraga, J. (2026). The second Spanish immigration boom. *SERIEs, 47*, 147-200.

Garrido Medina, L. J. (2012). Para un diagnóstico sobre la formación y el empleo de los jóvenes. *Cuadernos del Círculo Cívico de Opinión*, 2, 11-36.

Huete, R., Giner-Monfort, J., Mantecón, A., Hall, K., y Gil-Monllor, R. (2025). El impacto del Brexit en la movilidad de los residentes británicos mayores en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 191, 43-62.

Kustov, A. (2026). Immigration for realists: How we misread the public and the evidence, and how to do better. *Journal of Ethnic and Migration Studies*. Publicación anticipada en línea. https://doi.org/10.1080/1369183X.2026.2742647

Maggio, F. (2024). Fleeing a failing state: Self-selection, earnings, and migration costs. *World Development, 183*, 106740.

Manzano, D., Cordero-Coma, J., y Valdés, M. T. (2024). Intensity of educational expansion: A key factor in explaining educational inequality across regions and cohorts in Spain. *European Sociological Review, 40*(6), 1.030-1.045.

Parreño-Castellano, J., Domínguez-Mujica, J., y Moreno-Medina, C. (2022). Reflections on digital nomadism in Spain during the COVID-19 pandemic: Effect of policy and place. *Sustainability, 14*(23), 16253.

Polavieja, J. G., Fernández-Reino, M., y Ramos, M. (2018). Are migrants selected on motivational orientations? Selectivity patterns amongst international migrants in Europe. *European Sociological Review, 34*(5), 570-588.

Ravenstein, E. G. (1889). The laws of migration. *Journal of the Royal Statistical Society, 52*(2), 241-305.

Recchi, E. (2015). *Mobile Europe: The theory and practice of free movement in the EU*. Palgrave Macmillan.

Rodríguez, J. C. (2015). El capital humano en España y sus límites al desarrollo de un tejido productivo avanzado: el insuficiente desarrollo de la formación profesional. En V. Pérez-Díaz, J. C. Rodríguez, J. P. López-Novo y E. Chuliá, *Agentes sociales, cultura y tejido productivo en la España actual* (pp. 221-287). Funcas.